

## NEO-GRANADINOS EN LA DEFENSA DE LA "CASA FUERTE"

Escribe: ADOLFO SALVI

Los primeros meses del año 1817 fueron adversos, en términos generales, a la lucha sostenida por el Libertador para darle independencia a Venezuela, como lo había sido en todo su período el año anterior, que incluyó, entre otros graves episodios, el desconocimiento de la autoridad de Bolívar, registrado en la población de Güiría y encabezado por los caudillos orientales Mariño y Bermúdez.

En el mes de enero intenta Bolívar invadir la Provincia de Caracas y con este propósito parte desde la ciudad de Barcelona a la cabeza de un ejército de setecientas plazas, pero al llegar a los alrededores del pueblo de Clarines sabe de la presencia del capitán realista Francisco Jiménez, quien lo ataca y lo derrota, obligándolo a regresar a su punto de partida. La situación se le hace conflictiva por momentos a las armas republicanas, lo que induce a Bolívar, un tanto recuperado del revés que sufriera en Clarines, a apoderarse de la Provincia de Guayana, territorio menos afectado por la guerra y que dada su posición geográfica y los grandes recursos económicos de que disponía podía servir de

centro de concentraciones militares y de acciones punitivas contra las fuerzas realistas. Mariño y Bermúdez, además, habían vuelto a sujetarse a la autoridad bolivariana. Piar ya había penetrado en Guayana con buena suerte militar, y Mariño disponía de considerables tropas. Barcelona estaba defendida por cuatrocientos hombres bajo el mando del sereno y comedido General Pedro María Freites. A no muy larga distancia actuaban numerosos contingentes realistas y entre ellos los comandados por Juan de Aldama, que constituían una amenaza para los patriotas acuartelados en la urbe barcelonesa y que debido a lo reducido de sus efectivos no podían intentar ninguna acción fuera del recinto de la ciudad. Bolívar ordena a Mariño prestarle auxilios a Freites si este llegara a necesitar de su concurso, indicándole al mismo tiempo situarse en la vía que conduce a la población de Aragua, desde donde le podría ser fácil atender a cualquier acción enemiga. Confiando en el espíritu de cooperación de Mariño, el Libertador parte rumbo al Sur, en dirección a la plaza de Angostura, acompañado apenas por un puña-

do de oficiales, con lo cual arriesgaba su vida y la de quienes lo acompañaban. Al ser informado Aldama de la situación militar en que se hallaba Barcelona, resuelve atacarla y, en efecto, reconcentra su ejército en la no muy distante localidad de Píritu, desde donde parte, debidamente organizado y bien pertrechado. El día cinco de abril amanece en la periferia de la ciudad. Una escuadrilla española, comandada por el Capitán de Fragata José María Chacón, se sitúa en la boca del río Neverí para cooperar con la artillería en la reducción de la ciudad. Al amanecer del día mencionado penetran los primeros cuerpos realistas al recinto urbano. Manuel Bauzá, Comandante del batallón "Cazadores", fue el primero en penetrar al poblado, iniciándolo con el asesinato de algunas personas que cometieron la imprudencia de mostrarse en las vías públicas, quizás movidas por la curiosidad. Aldama se refiere a este episodio en el parte que dirigió a Moxó para darle cuenta del resultado de las operaciones efectuadas: "Los cazadores —escribe en aquel documento— llenaron a mi satisfacción sus deberes haciendo desaparecer algunos miserables que se les presentaron por las calles".

El cuerpo de "Dragones", bajo las órdenes del Comandante José Navas, se colocó en la parte sur de la ciudad, sospechando, como en efecto sucedió, que por aquella vía tratarían de escapar los residuos militares patriotas, una vez consumada la toma de las fortalezas que habían sido improvisadas aceleradamente, entre ellas el viejo Convento de "San Francisco", transformado en reducto y que figura en la historia con el épico nombre de "Casa Fuerte". Parte

del "Barbastro", batallón formado con tropas peninsulares que ostentaban el prestigio de haberse enfrentado victoriosamente a los franceses, ocupó el cuadrilátero de la Plaza Mayor, bajo el mando del Comandante Vicente Bauzá. Dispuesta la ubicación de las unidades militares y después de algunos choques de menor importancia se procedió a reducir el recinto amurallado, defendido por quinientos hombres de tropa y por un grupo de civiles que acompañados de sus familiares buscaron refugio en aquella fortaleza. Algunas casas vecinas fueron ocupadas, igualmente, por fuerzas patriotas, a fin de que estas sirvieran de auxiliares al grueso militar de que se disponía. Los primeros encuentros resultaron favorables a los republicanos, que mantenían su defensa bajo tan calibrada bravura que la parangonaba con lo mítico. Después de tres horas de recio combatir y ante lo irreductible que se hacían las posesiones patriotas, Aldama dispuso trasladar desde el puerto fluvial, asiento transitorio de algunas fuerzas navales realistas, varias piezas de artillería, capaces de demoler los muros de la improvisada fortaleza. El Capitán de Fragata José María Chacón hizo mover con la mayor rapidez tres cañones, utilizando el camino del río para facilitar la operación, de los cuales dos fueron colocados a una distancia de trescientos metros de la puerta delantera del convento, que fue sometido, desde aquel momento, a un tenaz castigo, sin resultado visible, lo que obligó a los atacantes a colocar otra pieza en la ancha vía natural que se abre rumbo a Maurica. Redoblado el hostigamiento comenzaron los muros a resentirse y promediando la tarde una brecha de alguna importancia aparecía co-

mo posible puerta de entrada a la fortaleza, cuyos defensores padecían considerables pérdidas. Forzada la toma del reducto los españoles pudieron dominar la altura de las paredes, posesionarse de los parapetos e inutilizar las almenas. La derrota de los patriotas era evidente, pero fue entonces cuando comenzó a escribirse una de las páginas más heroicas de nuestros anales, en la que participaron el denodado Freitas, jefe de las fuerzas republicanas, la oficialidad toda y aún los civiles, incluso las mujeres, que pelearon como leonas en maternal madriguera. Tras los muros de la fortaleza se encontraban algunos clérigos heroicos, de los de espada y crucifijo, que asoman en nuestros relatos viriles, aureolados de grandeza humana y de santidad espiritual. También participaban en las escasas fuerzas defensoras varios oficiales neogranadinos, que supieron batirse con singular valentía. Francisco de Paula Vélez, que ostentaba el grado de Comandante, escribió con sangre y pólvora su claro nombre de patriota en aquellas vetustas murallas. Igualmente ofrecieron su arrojo en la defensa de la memorable fortaleza, el Coronel Celedonio Gutiérrez de Piñeres, quien perdió la vida en la acción, y sus hermanos José María, Gabriel y Manuel, que supieron colocar en alto el gentilicio. José María recibió graves heridas, que le entorpecieron la evasión y hecho prisionero fue fusilado en los patios del fuerte. Gabriel, al igual que su hermano Manuel, halló la muerte en aquel recinto de sangre y duelo.

La sanguinaria ceguera de los realistas los condujo a cometer los más repudiables crímenes, de tal

modo que según afirma el General O'Leary en sus veraces "Memorias", no quedaron con vida "ni un hombre, ni una mujer, ni un niño de cuantos se encontraban en la "Casa Fuerte", afirmación confirmada por el hecho de que sobre el enladrillado de los largos corredores conventuales rodó sin vida el cuerpo de José Manuel Gutiérrez de Piñeres, niño de corta edad, asesinado junto con otros menores que fueron llevados a aquella fortaleza que pareciera indomeñable.

Toda la familia Gutiérrez de Piñeres, originaria de Nueva Granada, pereció en Barcelona, en el curso de aquella terrible jornada de heroicidad, incluso María Ignacia Vásquez, esposa del Coronel Celedonio y madre del menor nombrado, sobre cuya inocente figura alzamos nuestra fervorosa palabra como agua bautismal.

El Comandante Francisco de Paula Vélez, "bogotano esclarecido", como le dijera la palabra admirativa de un poeta, fue el único, del grupo de neogranadinos que pelearon en la "Casa Fuerte", que pudo salvar la vida, abriéndose paso, acero en mano, y acompañado de un escaso número de patriotas. Tras sus pasos rodaron por tierra muchos de sus persecutores. El Presbítero Pedro Vicente Grimón, barcelonés notable por diversas razones, entre ellas la del valor, fue uno de sus escasos acompañantes. Años más tarde, ya con el grado de Coronel, el presbítero Grimón muere en Ocaña, ciudad a la cual había concurrido como Diputado a la memorable Convención.

El Comandante Vélez bien merece comentarios aparte.